

I. La gran pelea

“**E**ntonces el feroz dinosaurio empezó a moverse lentamente. Arturito tomó una pesada piedra y, con valentía, se la arrojó a los ojos:—¡Lárgate de aquí, maldito intruso!”

—Diego, préstame el marcador rojo para hacerle sangre al Tiranosaurus Rex, —dijo Arturo en voz baja.

—¡Qué bueno, Artu! Pero hacele la cola más larga. Tomá el verde oscuro, está quedando buenísimo —contestó entusiasmado Diego.

—Arturo Márquez y Diego Gutiérrez, qué raro ustedes dos papando moscas. ¿Copiaron el problema del pizarrón? —interrumpió la de matemática en voz alta.

—Sííí, seño —contestaron a dúo—.

“—Te desangrarás sola, maldita bestia. Acá estaba el valiente Artu, muerto de calor, tratando de llegar al otro lado de la montaña, donde pasaba el río. Pero no advertía que el feroz dinosaurio movía su inmensa cola verde para atraparlo, a pesar de que su vista parecía destrozada. Cuando el Tiranosaurus iba a envolverlo con su cola, Artu reaccionó y, dando un salto de acróbata, logró escaparse y llegar acá. —

Ja... ja..., ¡no te será fácil capturarme!. De pronto, apareció detrás de la montaña un Braquiosaurus. Sin ser visto, Artu se escondió detrás de este árbol para no perderse la terrible pelea”.

—Diego, préstame de nuevo el marcador rojo —insistió Arturo.

—Arturo, menos conversación. Y vayan terminando el problema. —intervino nuevamente la señorita.

—Seño, ¿quién gana la pelea: el Tiranosaurus Rex o el Braquiosaurus? —preguntó Arturo con naturalidad.

—Arturo, ¿en qué andás Arturo? ¿Copiaste el problema del pizarrón? A ver, ¿cuánto te dio? —preguntó la maestra con voz de enojada.

—No, seño, no tuve tiempo.

—¿Cómo que no tuviste tiempo? ¡Todos terminaron, y vos ni siquiera empezaste a copiar! Estabas papando moscas.

—No seño, si no hay moscas en la clase —respondió Arturo sinceramente.

—Arturo Márquez, venga a sentarse adelante solo. Copie del pizarrón y concéntrese en el problema. No puede ser que esté siempre distraído; desde hoy, se sienta en la primera fila y sin compañero —declaró la de matemática con voz estridente.

Arturo decidió hacerle caso, porque sabía que, cuando lo trataba de usted, la cosa se empezaba a poner fea.

Como si le pesaran los pies, levantó todos sus útiles (incluyendo el marcador rojo de Diego) y se fue a sentar en el primer banco al lado de la pared. Después, empezó a copiar el



problema del pizarrón, pero el inmenso Tiranosaurus Rex dibujado en el margen izquierdo de la hoja, chorreando sangre, le pareció irresistible. No había terminado de copiar cuando decidió dar los últimos retoques al Braquiosaurus.

Y allí mismo empezó la lucha. Arturo se recostó sobre la pared y extendió los brazos para poder mirar mejor la gran pelea:

“La sangre se derramaba por todos lados. La lucha era espectacular. El calor, insoportable, y los animales estaban agotados. Artu, desde su refugio, observó la pelea alusinado y sin perder detalle. Finalmente, el Tiranosaurus Rex, cansado y sediento, decidió abandonar el campo de batalla, y el valiente niño, suspirando satisfecho, comprendió que su ayuda había sido fundamental porque el Braquiosaurus, agradecido, se acercó hasta él y, bajando su inmenso cogote, esperó a que se subiera para emprender juntos el camino hacía el río. Después, el cielo se pobló de nubes grises”.

De pronto, Arturo escuchó como entre sueños una voz metálica que rebotó en sus oídos como un trueno furioso.

—Más vale que haya terminado, Márquez. ¿Cuánto le dio el problema?

“—Arre. Arre. ¡Apúrate! Parece que va a llover amigo”.

Y la voz se hacía cada vez más sofocante. Y Arturo comenzó a sentir calor, mucho calor en los cachetes.

—¿Cuánto, Arturo? ¿Cuánto?

Envuelto en un fuego que lo asfiixiaba, Arturo Márquez creyó que sus orejas estaban a punto de estallar. Entonces, tuvo la sensación de que un viento refrescante se metía en sus oídos entonando una lejana melodía reparadora que decía: —“Veinticinco, Artu, veinticinco”.

Arturo Márquez, como entre sueños todavía, con los cachetes colorados y con el marcador amarillo en la mano, terminó de dar el último retoque al enorme sol que, asomándose entre las nubes grises, abrasaba al valiente niño montado sobre el grandioso Braquiosaurus. Luego exclamó:

—Veinticinco metros de puro Braquiosaurus. Sí, seño, veinticinco metros sobre los que cabalga el pequeño y valiente.



II. Fiesta Patria

El jueves 8 de julio, había taller de plástica en las dos últimas horas.

Mientras los alumnos buscaban tijeras, cortaban cartulinas, hacían rollitos con la plastilina y pegaban yerba en el piso para hacer el pastito, la señorita Alicia intentaba explicarles el significado de la Fiesta Patria, nerviosa en vísperas de la visita de la directora.

—Chicos, atiendan un momento,—dijo, asomándose entre el grupo de alumnos—, Recuerden que fue el 9 de julio de 1916 y no de 1910 como alguien dijo ayer. Acuérdense de que se reunieron los congresales y proclamaron nuestra INDEPENDENCIA de España—.Y luego, subiendo el tono de voz insistió. —Acuérdense de las palabras LI-BER-TAD, LI-BERAR-SE y LI-BE-RA-CIÓN para mañana por si les hacen preguntas.

Y después, estirando el cuello, agregó:

—Hagan primero la Casa de Tucumán. Después, las carretas ,y no se olviden de los congresales.

Arturo Márquez, concentrado en las tiras de plastilina que acababa de cortar, decidió hacer un congresal para sentar sobre el caballito blanco de plástico que había llevado Diego.

Mientras, Santiago, Mariela y Diego recortaban las paredes de lo que sería la casa de Tucumán.

Pero en honor a la verdad, la idea de hacer un congresal sólo duró unos segundos en la cabeza de Arturo, porque cuando se encontró con una masa negra y redonda, se le ocurrió que podía ser el cuerpo de una araña negra, peluda y patona.

De inmediato, empezó a moldear las ocho patas largas e iguales que luego fue incrustando una por una en el cuerpo hasta que la araña quedó terminada.

—Perfecta —exclamó Arturo para sí mismo. A continuación, se dirigió a su grupo de trabajo y dijo con naturalidad:

—Y ahora... ¿Con qué hago la tela?

—¿Qué... ? —preguntó Mariela—. ¿Vas a hacer un vestido de dama antigua?

—No, nena, la tela de la araña para atrapar a los insectos.

Arturo, Diego, Sebastián y Mariela pensaron que una verdadera araña debía tener una buena reserva de insectos.

Descartaron la posibilidad de hacer la tela con plastilina, con cartulina o con palillos. Y cuando estaban acostumbrándose a la idea de tener una araña frustrada, Diego exclamó entusiasmado:

—¡La tengo! ¡La tengo!. Con gasa, la hacemos con gasa.

Después de conseguir las gasas que la señorita Alicia tomó del botiquín de Primeros Auxilios, convencida de que eran para vestir a una dama, el equipo puso manos a la obra y, sacándole algunos hilos a la fina red, lograron una tela digna de una araña negra, peluda y patona.



El paso siguiente fue conseguirle víctimas a la araña. Cada uno de los chicos hizo un insecto con plastilina. Después los enredaron en la blanca tela que quedó tambaleando entre dos palitos. Mientras, la araña los miraba amenazante.

Una vez terminada la maqueta, comenzó la acción: Diego, Sebastián y Mariela conducían sus insectos y trataban de liberarse de la araña que, movida con astucia por Arturo, había incrustado cuatro de sus ocho patas negras, largas y peludas en la delgada tela. Pero un sonido de aplausos interrumpió la función.

Por un momento, el equipo pensó que era una demostración anticipada de felicitaciones por la maqueta.

Pero no. Era un llamado de atención que hacía la señorita, al que siguió un silencio profundo que, inmediatamente, se llenó con palabras que retumbaron como un ruido áspero en medio de la quietud.

—¿Qué es esto? ¿Para esto querían las gasas? ¿Qué tiene que ver con el 9 de Julio? ¿Qué le van a decir mañana a la directora, a ver, qué? —exclamó la señorita Alicia sin respirar.

De inmediato, tomando aire, se acercó a Arturo y, con otro tono de voz agregó:

—Me gustaría saber qué le va a decir usted mañana a la directora cuando tenga que explicar cómo se relaciona esto esto con el 9 de Julio.

Arturo soltó la araña y se desplomó en el banco hundido por el peso de tantas preguntas juntas. Después, miró a sus compañeros y, en seguida, clavó sus ojos en la maqueta. Finalmente, empezó a hablar con voz pausada.

—Y... algo tiene que ver, señorita. Sí..., algo tiene que ver.—Y tomando nuevamente entre sus manos la araña negra, peluda y patona, agregó—: las víctimas quieren recuperar su LI-BER-TAD. Quieren LI-BE-RAR-SE de la araña. ¿Se da cuenta?. Nosotros estamos realizando una LI-BE-RACIÓN.

En ese momento, todos aplaudieron.



III. Novia por tamaño

Arturo pasaba mucho tiempo dibujando. Le gustaba hacer dinosaurios y gigantes musculosos que levantaban pesas. A los gigantes, los dibujaba con cuerpo grande y cabeza chica. Les marcaba bien los músculos y les pintaba una calavera en el pecho y un ancla en cada brazo.

También disfrutaba haciendo corazones atravesados con flechas inspirados en Luli. Habían terminado las vacaciones de invierno, y Artu estaba contento de volver a verla.

En eso pensaba durante el segundo recreo, y, como haciendo una confesión en voz alta, le dijo a Mariela:

—Nadie gusta de mí.

—Lo que pasa es que vos tenés que buscar una chica para tu tamaño —contestó Mariela.

—Mi mamá dice que todavía no di el estirón y que, además, soy el más chico del grado —siguió diciendo Arturo mientras se comía un chocolate.

—Paula piensa que de cara sos un bombón —insistió Mariela.

—Sí, pero me lleva una cabeza. —contestó Arturo como recitando un verso de memoria.

En ese momento, intervino Santiago, que había escuchado la conversación:

—Vamos, Artu, si vos te morís por Luli. Además, es de tu tamaño.

—Claro, pero me parece que a Luli le gusta Pablo, que es bien alto —concluyó Arturo.

—¡Nada que ver! Dice que es un agrandado, y no creo que lo sea por la altura. Y además, después de todo, no tenés por qué tener novia —dijo Mariela para consolarlo. Y, en seguida, agregó en el mismo tono—: Santiago, Diego, Mariano, Paula, yo y muchos más no estamos de novios, y no nos interesa.

Arturo pensó que a él sí le interesaba, pero prefirió no hablar más del tema. Entonces, como realizando un acto de magia, sacó del bolsillo trasero del pantalón una hoja de cuaderno, la desplegó con cuidado y se la mostró a sus amigos.

La hoja exhibía el dibujo de una pareja que se besaba. Sobre el margen, resplandecía un corazón bien rojo, con una flecha atravesada entre las iniciales A y L.

—Está buenísimo —dijeron Mariela y Santiago sorprendidos.

No terminaron de apreciar el dibujo, porque Pablo pasó corriendo y le quitó la hoja a Artu, de un manotazo. A continuación, se acercó a Luli y empezó a gritar:

—Mirá lo que hizo el enano. ¡Ja ja! Después, levantando más el tono de voz y gesticulando burlonamente, declamó:

—EL ENANO POR LULI DA SU CORAZON, LA MIRA A LOS OJOS Y SE MUERE DE AMOR.

El patio estaba lleno de chicos. Muchos lo escucharon.

Arturo Marquez creyó que le clavaban algo punzante en el estómago. Sintió un vacío profundo y oscuro. Pensó que hubiera preferido estar encerrado en un ascensor antes que permanecer allí. Escuchó una carcajada que atravesó el patio e hizo que las maestras pusieran orden. Entonces, sintió mucha vergüenza. Se vio a sí mismo más petiso y más flaco que nunca. Se quedó inmóvil, petrificado como si estuviera jugando a las estatuas de marfil ¡uno dos y tres!, hasta que lo sacudió el timbre que anunciaba el final del recreo más largo.

Después, entró en la clase mezclado con sus compañeros. Antes de que la señorita cerrara la puerta, alcanzó a ver la mirada despreciativa de Luli y la sonrisa de Pablo.

Esa noche, Arturo Márquez lloró apretándose contra la almohada para que no lo escuchara su hermano menor que dormía en la cama de al lado. Primero, lloró de rabia al recordar la sonrisa de Pablo. Después, lloró de tristeza porque vio deshechos sus planes de acercarse a Luli.

Esa noche, lloró hasta que creyó quedarse sin lágrimas. Lloró hasta caer dormido por el agotamiento.

Durante las semanas siguientes, Arturo preferió evitar a Luli. Ni siquiera se atrevía a mirarla. Sentía vergüenza.

Mucha vergüenza.

Por un momento, pensó que tal vez lo mejor sería hablar con Pablo y pedirle que arreglara las cosas.

Pero enseguida descartó la idea. Él no se trataba con Pablo.

En realidad, Pablo tenía pocos amigos en el grado, nadie se metía con él. Le decían “El Importado”, porque siempre repetía lo mismo: que los pantalones se los había comprado en

Disney, que la camisa era de Inglaterra, que la campera de París, que las zapatillas eran lo último que había salido en Estados Unidos, que el gorro de Chicago Bulls, que no se sacaba ni en clase, se lo había dado un jugador verdadero, y todas cosas por el estilo.

Era evidente que Pablo tenía intenciones de molestar a Artu: siguió mirándolo con la misma sonrisa de satisfacción que mostraba el día de la burla y hasta llegó a preguntarle, siempre con la misma risita, si sus cosas con Luli habían mejorado.

Entonces Artu decidió, con gran dolor, mantenerse alejado de ella y no responder a las provocaciones de “El Importado”.

Agosto fue un mes frío, triste y aburrido para él.

Participó poco en clase. Pidió sentarse atrás, bien lejos de Luli. Soportó los reiterados gritos de la de inglés, que lo había encontrado haciendo cuernitos y comillos gigantes a las caras del libro, y los retos de su mamá que lo obligaba a llamar a los compañeros para pedir la tarea.

El primer lunes de septiembre, la profesora de dibujo sorprendió a toda la clase con una enorme caja de cartón que parecía una urna. La instaló sobre un estante de la biblioteca, y dijo que iba a funcionar de buzón. De inmediato, propuso una actividad especial: realizar tarjetas que representaran una estación del año para intercambiar entre los compañeros como parte de los festejos por la llegada de la primavera. Cada tarjeta tenía que tener escrito el nombre de la estación elegida y, además, el dibujo debía contener tres errores para descifrar.



La profesora aclaró que las tarjetas iban firmadas y adentro de un sobre con el nombre del compañero al que estaban dirigidas. Finalmente, dijo que había tiempo hasta el 21 de septiembre para dejar los sobres adentro de la caja.

La novedad hizo que Artu comenzara a entusiasmarse con el proyecto.

Los primeros días, los dedicó a los preparativos: eligió una cartulina blanca y la recortó hasta darle la forma adecuada, buscó la caja de veinticuatro lápices de colores y les sacó punta a uno por uno. Puso todo adentro del cajón del escritorio para que su hermano menor no tocara las cosas y le encargó a su mamá que comprara sobres grandes para llevar a la escuela.

Sin embargo, no pensó en lo que iba a dibujar, ni siquiera sabía qué estación del año iba a elegir.

El viernes de esa semana, durante la clase de inglés, como sin darse cuenta, empezó a esbozar las primeras líneas de una figura humana. Cuando volvió del colegio, fue corriendo a su habitación y se puso a trabajar perfeccionando los razgos que había hecho en clase: comenzó por las zapatatillas, luego las piernas, el cuerpo, los brazos, las manos y la cara.

Era viernes y podía imaginar tranquilo. Se detuvo en cada detalle y, cuando estaba terminando de hacer los rulos, se dio cuenta de que había dibujado a Pablo. Más bien había hecho una caricatura de Pablo: alto, encorvado y narigón. De inmediato, una idea cruzó por su cabeza y sonrió satisfecho.

Durante las dos semanas que faltaban para terminar la actividad y entregarla, Artu se dedicó casi con obsesión a concluir su obra. En su casa, estaban todos intrigados por

saber qué estaba haciendo. Dijo que era una sorpresa, pidió que no lo molestaran y avisó que pasaría horas encerrado en su cuarto. Logró hacer una imagen de Pablo que, sin llegar a ser una caricatura, mostraba sus defectos: la nariz afilada y larga, el cuerpo desgarbado y ligeramente encorvado respondían a la perfección a la estampa de Pablo. Pero lo mejor se le ocurrió con la vestimenta. Empezó por las zapatillas: las coloreó con la bandera de Estados Unidos y escribió U.S.A. en cada una. Siguió con los jeans: dibujó una cara de Mickey y escribió DISNEY bien grande en cada pierna.

Cuando llegó a la camisa, ya tenía pensado cómo la iba a decorar: buscó en una enciclopedia las banderas de todos los países, las miró una por una y marcó varias con un lápiz. En los días que precedieron al 21 de septiembre, Artu pintó en la camisa de Pablo las banderas de E.E.U.U, Inglaterra, Francia, Italia y España. Con gran habilidad, concluyó las mangas con las banderas de Japón y de China. Cuando terminó, pensó que Pablo parecía la propaganda de un mundial de fútbol, y sonrió complacido.

El toque final se lo dio el gorrito de lana con la insignia de Chicago Bulls, de donde sobresalían algunos rulos.

Arturo concluyó su obra con un paisaje de verano, en el que incluyó tres errores difíciles de descifrar. Luego, firmó PABLO en letras de imprenta.

La noche anterior a la entrega de los trabajos, dio los últimos retoques a la tarjeta, perfeccionó más aún los errores y decidió que la destinaría a Verónica, la nueva, que a veces se deslumbraba con las fanfarronadas de “El Importado”.

Entonces, la guardó adentro de un sobre donde escribió VERO con letras gordas y rojas.

Esa misma noche, después de cenar y cuando todos se fueron a dormir, encendió la luz de su escritorio y dibujó un paisaje invernal con tres errores evidentes, lo firmó con su nombre y se lo dirigió a Mariela.

Al día siguiente, 21 de septiembre, se realizó la entrega de tarjetas. La señorita abrió la caja, y cada uno se llevó la suya. Artu recibió la de Santiago. Mariela, la de Artu. Vero, la de Pablo. Juan, la de Pablo. Pablo, no recibió ninguna.

Durante las dos primeras horas, cada chico mostraba su tarjeta y decía quién se la había mandado; después, descifraba los errores.

Cuando llegó el turno de Vero, aclaró que se la había enviado Pablo, pero que ella no encontraba los errores.

De inmediato, la exhibieron en el pizarrón. Al principio, todos, incluyendo a la seño, se quedaron fascinados por el dibujo: salía de lo común, era totalmente diferente de los demás, tenía mucho colorido y estaba repleto de detalles minuciosos. Luego, se dieron cuenta de que la figura humana era “El Importado”, y comenzaron a reírse.

En ese momento, Pablo, muy desconcertado, alcanzó a decir que la tarjeta no era la suya, y que él se la había mandado a Juan.

Mariela, que conocía los dibujos de Artu, cruzó una mirada de complicidad con su amigo y dijo en voz alta:

—No seas modesto, Pablito. Todos sabemos que dibujás muy bien y que podés hacer más de una tarjeta. Te felicito

por tu buen humor .Lo importante es tener autocrítica, como dice mi papá, ¿no, seño?

Después, recién después, la profesora recordó que tenían que encontrar los errores.

Los chicos prefirieron seguir comentando los detalles del dibujo. Sólo Santiago se detuvo a descifrarlos, pero tocó el timbre y todavía le faltaba encontrar el último.

Entonces Artu se llevó las manos a la cabeza, como haciendo un gran esfuerzo de concentración, y dijo casi gritando:

—¡Lo tengo! ¡Ya lo sé! ¡El gorro, el gorro de lana! ¡No corresponde al verano!

En ese instante, las veinticuatro cabezas giraron, como si miraran un partido de ping pong, desde el pizarrón hasta el gorro de Pablo.

Santiago, malhumorado por no haber podido descubrir un error tan evidente, exclamó:

—También, vos sos un ridículo; estoy tan acostumbrado a verte con ese gorro todo el año que no me había dado cuenta.

La señorita dio por concluida la actividad, y los chicos siguieron deleitándose con el dibujo hasta que Pablo lo arrancó del pizarrón.

En el recreo largo, la mayoría de los compañeros se acercaron a Arturo para felicitarlo y decirle que el dibujo estaba buenísimo. Ya se habían enterado todos.

Mariela, que caminaba junto a Luli, haciéndose la graciosa, se acercó a su amigo y le dijo con voz de telenovela:

—Por favor, haceme una tarjeta de amor para un novio imaginario, puede ser que así enganche a alguno.

Artu la miró furioso; no entendía cómo se le podía decir algo así adelante de Luli. Quedó paralizado y no contestó. Mariela cortó el silencio insistiendo:

—Vamos, Artu, sos mi salvación.

Arturo siguió sin contestar.

Esta vez, Luli rompió el silencio.

—Ayudala Artu, yo creo que vos tenés mucha imaginación y dibujás rebién.

Arturo no supo qué hacer. Sólo sonrió, dijo que enseguida volvía, y se fue corriendo para el baño.

Allí estaba Pablo mirándose al espejo. Se había sacado el gorro y tenía los rulos despeinados como si acabara de salir de una tormenta de viento. Cuando vio entrar a Artu, se le acercó y le preguntó muy serio:

—Fuiste vos enano, ¿no?

Arturo Márquez respiró profundamente. Se sintió fuerte, más fuerte que nunca y, como si hubiese estado esperando esa pregunta durante más de dos semanas, lo miró sereno a los ojos y le respondió con toda naturalidad.

—Por supuesto, desde cuando vos dibujas tan bien.

IV. Arturosaurus

Recuperación (Área) Matemática. Fecha: 16 de diciembre. Era lo que exhibía el boletín de Arturo Márquez. No bien sus padres se enteraron, le dijeron que tendría que estudiar sin profesora particular porque, como les había dicho la maestra en la reunión, él no respetaba las consignas, y ya era hora de que adquiriera responsabilidades.

Además, por el Informe Valorativo de la señorita, se notaba claramente desde el Primer Período que tenía dificultades en la materia. La situación concluyó con las últimas observaciones que decían “Arturo debe rendir recuperatorio de Matemática, porque no se ha esforzado lo suficiente. Su falta de interés y de concentración impiden que alcance los objetivos establecidos”. Artu sintió que el “aún no satisfactorio” era una venganza de la seño por no haber prestado atención. El sabía plantear un problema y resolverlo, lo único que podían reprocharle eran las tablas, que en realidad nunca las había aprendido de memoria porque, desde que empezaron a estudiarlas en segundo grado de antes, les habían dicho que tenían que razonarlas y ahora, tal vez porque habían cambiado los grados por años, les exigían resolver operaciones mentalmente a la velocidad de la luz.

Además, Arturo estaba convencido de que iba a ser paleontólogo y pensaba que para medir los huesos de animales prehistóricos se podría arreglar con una calculadora. Su máximo sueño era llegar a descubrir fósiles de dinosaurio en alguna zona arqueológica.

Sin embargo, al día siguiente de la entrega de boletines, se puso a estudiar. La madre anunció que le iba a tomar las tablas todos los días y se las escribió con números grandes en fibra roja sobre una cartulina blanca. Después, la pegó en la pared enfrente de la cama para que las viera a toda hora. Arturo reconoció que el cuadro de doble entrada que les habían dado en tercer grado para aprender las tablas era mejor que ese horrible cartel que adornaba la habitación, pero no quiso contradecir a su mamá.

Era un martes, y el padre le había dicho que el sábado no jugaría al fútbol en el campito de la esquina con los chicos del barrio si no estudiaba. Arturo se tiró en la cama y empezó a repetir la tabla del cinco que le resultaba fácil. Había sacado la cuenta y, en realidad, podía estudiar las tablas hasta el jueves y comenzar el viernes con las multiplicaciones para resolver mentalmente. En la última evaluación de matemática, la señorita le había bajado puntos por haber hecho las cuentas en las “Operaciones verticales”.

El sacrificio valía la pena. Había quedado en ir a lo de Santiago Katz, y no pensaba decirlo en su casa hasta último momento. Tenían que pedirle permiso a los padres de Santi para organizar un asalto de fin de año. El primero que hacían. No podía faltar, porque se habían enganchado todos los chi-



cos y no estaba dispuesto a perderse la oportunidad de bailar con Luli.

Junto a Santi, que había ofrecido su casa para la fiesta, planearon hacerlo el sábado 17 de diciembre, después de que Artu rindiera el recuperatorio de Matemática. De manera que tenía que aprobar o aprobar.

Aún le quedaba una semana para estudiar, con un fin de semana en el medio, tiempo suficiente como para no fallar.

Martes, miércoles y jueves, memorizó las tablas; llegó a odiar los números rojos sobre cartulina blanca que le había escrito su mamá.

El jueves a la tarde, comenzó a repasar con la carpeta, vio la gran pelea de los dinosaurios en el margen izquierdo de la hoja y comprendió que ésa podría haber sido la causa del enojo de la señorita. Sin embargo, no se arrepintió. Al contrario, volvió a disfrutar cada detalle de los dibujos y, por un momento, imaginó que los espantosos números rojos eran manchas de sangre de la pelea de dinosaurios. Entonces, empezó a tomarle un poco de cariño al cartel y decidió trasladar el escenario de la lucha entre los gigantes a la gran cartulina blanca.

El problema se presentó cuando el viernes por la mañana, la madre de Arturo quiso tomarle en forma oral algunas operaciones simples para que resolviera mentalmente, y no le salió ni el veintitrés por tres.

De inmediato, la señora Márquez miró seriamente a su hijo y anticipó:

—Olvidate de salir el fin de semana.

—Pero mamá —alcanzó a responder Arturito—, dame tiempo hasta mañana a la mañana.

—Veremos —cortó la madre con energía.

El viernes al mediodía, después de comer, Artu se encerró en su habitación y buscó la forma de multiplicar sin hacer la cuenta “para ejercitar la memoria y adquirir agilidad”, como decía la señorita. A él, le parecía un trabajo innecesario, porque seguía convencido de que, con una calculadora de cuatro pesos, estaba todo resuelto. A pesar de ello, sabía que tenía que estudiar para aprobar el recuperatorio.

Pero la presión que ejercía la falta de tiempo sobre Arturo le impedía concentrarse. Se sentía muy nervioso, sólo pensaba en que debía ir a lo de Santi el sábado a la tarde; debía tratar de serenarse para repasar. Se recostó en la cama, puso dos almohadones en la nuca y buscó el ángulo perfecto para mirar la cartulina. Estaba repitiendo con los ojos entrecerrados, en voz baja con un tono monocorde y aburrido “doce por dos veinticuatro, veinticuatro por dos cuarenta y ocho, cuarenta y ocho por”, a punto de quedarse dormido, cuando recordó que su abuela le había contado que, en su niñez, el maestro le había enseñado las tablas de multiplicar a todo el grado, haciendo el ritmo con los brazos extendidos y el puntero en una mano, como si se tratara de un director de orquesta que dirigía la filarmónica con la batuta.

Entonces, sin proponérselo, comenzó a entonar la canción que el grado le susurraba a Verónica, la nueva, que además era una gorda traga, cada vez que buchoneaba algo, o respon-

día sin que le preguntaran para hacerse ver. Sólo que él se la imaginaba con dinosaurios. Así, se encontró cantando en voz alta “#cuarenta y ocho Arturosaurus se balanceaban sobre la tela de una araña, como veían que resistían fueron POR dos Arturosaurus Rex...; noventa y seis Arturosaurus se balanceaban sobre la tela de una araña, como veían que resistían fueron POR dos Arturosaurus Rex...; ciento noventa y dos Arturosaurus se balanceaban...” siguió cantando con todas sus fuerzas, mientras pensaba que su hallazgo arqueológico se veía satisfactoriamente multiplicado.

Para la mañana siguiente, ya había cantado varias veces operaciones con la tabla del dos y del tres sin trabarse, sin desentonar y a ritmo acelerado, y comenzaba a practicar con la del cuatro. Al mediodía, cuando su madre lo llamó para comer, la sorprendió diciéndole que estaba dispuesto a que le tomara lo que quisiera.

1	1x2=2	1x3=3	1x4=4	1x5=5	1x6=6	1x7=7	1x8=8	1x9=9
2	2x1=2	2x2=4	2x3=6	2x4=8	2x5=10	2x6=12	2x7=14	2x8=16
3	3x1=3	3x2=6	3x3=9	3x4=12	3x5=15	3x6=18	3x7=21	3x8=24
4	4x1=4	4x2=8	4x3=12	4x4=16	4x5=20	4x6=24	4x7=28	4x8=32
5	5x1=5	5x2=10	5x3=15	5x4=20	5x5=25	5x6=30	5x7=35	5x8=40
6	6x1=6	6x2=12	6x3=18	6x4=24	6x5=30	6x6=36	6x7=42	6x8=48
7	7x1=7	7x2=14	7x3=21	7x4=28	7x5=35	7x6=42	7x7=49	7x8=56
8	8x1=8	8x2=16	8x3=24	8x4=32	8x5=40	8x6=48	8x7=56	8x8=64
9	9x1=9	9x2=18	9x3=27	9x4=36	9x5=45	9x6=54	9x7=63	9x8=72

V. La norma

Estuvieron dos tardes enteras tratando de convencer a la madre de Santi para que los dejara hacer la fiesta, hasta que aflojó. Arturo había aprobado holgadamente el recuperatorio, así que, en su casa, no podían impedirle que organizara junto con su amigo una fiesta de fin de año.

En realidad, a la señora Katz no le gustaba mucho la idea de que organizaran un asalto. Santiago le había contado a Artu que había escuchado a su mamá hablando por teléfono con otras madres de sus compañeros, susurrando entre dientes que no podía ser que a esa edad empezaran con los bailes, que a los catorce ya iban a estar aburridos de todo, que para cada cosa había una edad y blablablá... Finalmente, aceptaron, pero con la condición, entre otras, de que la música la pasara Alejandro, el hermano mayor de Santi, que tenía dieciocho años y juntaba dinero organizando fiestas para colegios los fines de semana. La mamá de Santi dijo que se iban a quedar más tranquilas con uno de la familia controlando el bailecito.

A ellos, les venía muy bien que Ale se hiciera cargo de la música, porque sólo tenían un grabador de doble casetera. Como era fin de semana, llegaron a un acuerdo: el hermano

de Santi les hacía una rebaja y, entre todos, le pagaban.

Una vez que la señora Katz dio el sí definitivo, les aclaró con cara de pocos amigos y tono inflexible:

—La norma de esta fiesta va a ser, primero: mi hijo mayor pone la música; segundo: de siete y media a diez, ni un minuto más; tercero: bailan y comen en el garaje y en el jardín, la casa ni la pisan; cuarto: las luces prendidas; quinto: la música que no aturda; sexto: la puerta abierta para que yo pueda ver. Se lo comunican a todos, y el que no esté dispuesto a cumplir que no venga.

La madre de Santiago terminó de dar las pautas, y los chicos las tuvieron que anotar para comunicárselas al resto. Con tal de que les permitieran hacer el asalto, estaban dispuestos a respetar lo pactado y convencer a los demás.

Era miércoles, faltaba poco para la fiesta. Santi y Artu se repartieron la lista y llamaron a cada chico para confirmar el evento y recitar las seis reglas. Todos, al menos así lo manifestaron, estuvieron de acuerdo en cumplir las disposiciones.

Para el viernes a la tarde, el curso entero estaba avisado. A esa altura, Artu y Santi se sabían las reglas de memoria y llevaban una minuciosa lista con el recuento de gaseosas, papas fritas, sandwiches de jamón y queso, tortas y galletitas dulces, que iba a aportar cada uno.

La casa de Santi era grande y tenía una ventaja: el garaje era doble y una de sus puertas daba al jardín, de manera que no había necesidad de entrar en la casa, ni siquiera para ir al baño, porque había un bañito afuera. Ellos habían pensado

salir al parque cubierto de plantas y poco iluminado, para disfrutar de una noche cálida. Claro que la mamá de Santiago no había dicho nada acerca del jardín, por lo tanto, Santi y Artu sintieron que no violarían ninguna regla y, si las cosas se daban bien, podrían llegar a bailar mirando las estrellas.

El sábado 17 de diciembre a las siete y media de la tarde, ya había llegado el curso completo. Ale estaba instalando el equipo ante la mirada atónita del grupo de chicos. No terminaba de sacar parlantes, cables, enchufes triples, simples, adaptadores, micrófono y hasta luces. Las chicas abrían los paquetes de papas fritas, acomodaban los sandwichitos, cortaban las tortas y repartían, en platos, las galletitas a ritmo vertiginoso, no era cuestión de perder ni un minuto. La madre de Santi, había puesto servilletas de papel y vasos de plástico apilados, para la gaseosa.

Los acontecimientos se desarrollaban tan rápido que antes de las ocho se escuchaba la música y estaban servidas las mesas. Una, afuera y otra, contra una pared en el garaje. Las dos, con comida y bebida.

El sonido de la música era increíble. Todos pensaron que no debía de haber mucha diferencia con una confitería bailable. Artu no salía del asombro. Se sentía feliz. Había aprobado el recuperatorio, estaba en la fiesta con una música espectacular, y Luli se veía radiante con el enterito escocés y el pelo suelto.

Sin embargo, hasta las ocho, no había salido nadie a bailar; estaban todos medio aturcidos, charlando y tomando gaseosa. La madre de Santi tuvo que retar a “El Importado”

porque aplastaba los vasos de plástico con el pie, y se vio obligada a limpiar dos veces el piso, porque esa noche estaban más torpes que de costumbre y tiraron la bebida. Cerca de las ocho y cuarto, empezaron a dispersarse en grupos, algunos por el jardín, otros por el garaje, y no faltaron quienes quisieron violar una de las reglas y pasar al resto de la casa. Entonces, el hermano de Santiago tomó el micrófono y pudo concentrar mágicamente a todos en el garaje. Dijo con voz firme y pausada:

—Ya que están acá, aprovechen a bailar, quedan casi dos horas de fiesta, no es necesario que bailen en pareja, yo pongo la música y les digo cómo tienen que moverse.

Cinco minutos más tarde, no quedaba un solo chico sin seguir el ritmo. Alejandro había pronunciado las palabras mágicas y los tenía hipnotizados moviéndose adelante del grupo para marcar los distintos pasos.

Eran las nueve y media y, cuando ya no daban más de la sed, tomaron gaseosa. Se sirvieron medio vaso para no perder tiempo y volvieron al baile. La comida estaba intacta.

De pronto, Ale tomó el micrófono y anunció:

—Ahora, voy a pasar dos lentos para que descansen un poco, no tienen necesidad de ser novios para bailar. Pueden elegir a quien quieran.

Al principio, se oyeron protestas. Los varones se fueron para el jardín, pero las chicas dieron el primer paso: empezaron a bailar entre ellas. El hermano de Santi tomó el micrófono nuevamente y dijo entre burlón y serio:

—¿Es que no hay hombres en esta fiesta...? Vamos...,



¿cómo van a dejar a las chicas solas?

Santiago fue el primero, como dueño de casa sacó a bailar a Paula que esa noche se había sacado la cola de caballo enrrollada y tenía el pelo lacio desparramado sobre los hombros. Paula aceptó, y bailaron mirando las estrellas. Después siguieron Diego con Mariela, Mariano con Pato, Vanina con Juan Manuel y, cuando Artu se disponía a sacar a bailar a Luli que se encontraba en el otro extremo del salón, vio que “El Importado” le decía algo a Alejandro. Estaba a mitad de camino, y escuchó que el hermano de Santi interrumpía los lentos, para anunciar enfático por micrófono:

—Esta canción se la dedica Arturo Márquez a Luli.

Artu se volvió a quedar petrificado como el día en que Pablo le sacó la hoja de cuaderno con el dibujo del corazón, pero esta vez lo tomó con más calma, porque alcanzó a ver a Luli que estaba enfrente y notó que ella no lo miraba con desprecio. Sin embargo, no se animó a pedirle que bailara con él. Se moría de vergüenza.

De inmediato, Mariela, que se había dado cuenta de todo, sacó a su amigo de la inmovilidad llevándolo del brazo hacia el jardín y, haciendo un gesto que parecía más una orden que un pedido, dijo:

—¡Bailemos para disimular!

Arturo, que no sabía si tomarla de la cintura o del cuello, se dejó llevar mientras Mariela, enfurecida, le decía al oído:

—¡Qué pesado! ¡Todavía le quedan ganas de molestar después de lo de la caricatura! ¿Qué vas a hacer?

Artu no sabía qué hacer y no respondió.

Mariela siguió preguntando, respondiendo y comentando:
—¿Van a seguir así toda la vida?. Lo mejor que podés hacer es matarlo con la indiferencia. Pero... le podrías hacer una buena para curarlo de espanto.

A las diez menos cuarto de la noche, Artu continuaba bailando con Mariela en el jardín bajo el brillo persistente de las estrellas. Ya había aprendido a tomarla de la cintura, mientras ella, que le llevaba más de una cabeza, seguía inclinada hablándole al oído.

Arturo, sofocado por el calor y por la charla de su amiga, sintió que su único consuelo, a esa altura de la fiesta, era ver que Verónica, que se había ido con una minifalda tan ajustada, que lograba llamar la atención, estaba acosando a “El Importado”, y había logrado engancharlo para una nueva tanda de movidos.

En ese momento, Arturito interrumpió a Mariela por primera vez desde que habían comenzado a bailar y dijo:

—La verdad es que “El Importado” y “La Buchona” hacen buena pareja. ¿Vos crees que yo hago buena pareja con Luli?

Mariela dejó de bailar, se recostó sobre una pared para tomar aire y le contestó a su amigo como reflexionando en voz alta:

—Sí, yo creo que ustedes hacen buena pareja. Aunque no tan buena como ellos: un agrandado con una buchona. Dios los cría, y la música los amontona.

Después, se alejó diciendo:

—Me voy a bailar con Diego que me llama.

A la diez menos cinco de la noche, retumbaban los movi-

dos, y Arturo intentaba reponerse de la vergüenza y del agotamiento que tenía por la sofocante charla de su amiga. Estaba sacándose el buzo y se disponía a tomar una gaseosa en el jardín, cuando escuchó que Alejandro anunciaba nuevamente por micrófono:

—El último lento de la noche, porque ya los van a venir a buscar. —Y luego, con voz melosa—: Éste va dedicado a Arturo Márquez de parte de Luli.

Artu se quedó con la gaseosa en una mano y el vaso en la otra. No se movió de donde estaba. De pronto, vio que Luli se acercaba cada vez más. Cuando llegó a su lado, ella dijo:

—Dejá la botella, y vamos a bailar.

Arturo Márquez recobró el aliento y, respondiendo a un profundo deseo, se dirigió con paso firme hacia la pista de baile.



VI. Baco

Comenzaban las vacaciones de verano. Arturo estaba encerrado en su cuarto, con las ventanas apenas abiertas, cuando escuchó que el veterinario decía con voz hueca:

—Yo aconsejo sacrificarlo.

No quiso seguir escuchando. Cerró las ventanas y se tapó los oídos.

Eran muchas cosas de golpe. Pensó que no era justo. Primero lo de Luli, y ahora esto de Baco.

Artu adoraba al perro, había crecido junto a él. Su madre siempre decía “el perro vino incluido con tu padre”, y cada tanto recordaba que, por culpa del animal, durante los primeros años de casada, no había podido tener flores en el jardín.

La madre y los hermanos lo querían, pero “de lejos”, como decía su hermana. Él y su padre, en cambio, lo disfrutaban.

Todos los días, cuando se levantaba, Arturo le daba de comer y, después del colegio, lo sacaba a pasear. Sin embargo, desde que habían terminado las clases, no pudo lograr que el perro caminara más de una cuadra por día. Hacía casi una semana que la situación había empeorado: Baco no quería pararse.

Su papá ya le había explicado que era muy viejo y que no

iba a vivir mucho más. Tal vez por eso, para año nuevo, cuando pensó en los tres deseos, decidió que no iba a pedir, como todos los años, crecer y sacar músculos. Sintió que ésas eran pavadas y pidió con todas sus fuerzas que Baco viviera al menos ese año.

Recién ahora Arturo comprendía que nadie lo había escuchado. Que lo de los deseos era todo un engaño, por eso nunca se habían cumplido. Que él seguía petiso y menudito. Que Baco se moría.

Siguió encerrado en su cuarto caminando ida y vuelta, sin decidirse a salir para preguntarle al veterinario por qué hablaba de sa-cri-fi-car-lo.

En una de las vueltas, indeciso todavía, se detuvo frente a la ventana. Corrió la cortina y miró hacia afuera: la visión de Baco echado sobre la vieja manta, recostado sobre la puerta con la cabeza apenas apoyada sobre las patas y los ojos entreabiertos, le produjo un dolor muy hondo.

Entonces decidió quedarse. Se sacó las zapatillas y se recostó en la cama. En seguida, comenzaron a desfilar por su mente, una y otra vez, imágenes del pasado: recordó que su padre le había puesto Baco porque le encantaban las uvas, y que todos los años nuevos, a la hora del brindis, su papá le llevaba un racimo. Se acordó del día en que tuvieron que ir todos a declarar a la comisaría, porque Baco le había roto la camisa a un vendedor de rifas que, después de tocar el timbre, en vez de esperar entró por la puerta de rejas, y esbozó una sonrisa. También pensó que había sido una buena idea eso de poner “Cuidado con el Perro” en un cartelito, para evi-



tar más problemas. Reconoció que sus abuelos, primos y amigos entraban en la casa muy tranquilos y que Baco los recibía moviéndoles la cola. Aunque últimamente, había observado que le costaba caminar: en vez de ir hasta la puerta de rejas, esperaba a que pasaran a su lado para mover la cola sin levantarse.

También recordó que el año anterior, para esa misma época, habían decidido ir de vacaciones sin Baco, y lo dejaron en una guardería para perros. Cuando volvieron, lo encontraron más flaco y lleno de pulgas.

Arturo nunca olvidaría el día en que lo fueron a buscar después de las vacaciones: Baco escuchó su voz y empezó a ladrar y a llorar al mismo tiempo. Después, cuando lo tuvo enfrente y moviendo la cola, saltó con tanta fuerza que lo tiró al suelo. Siguió recordando hasta que se adormeció. Los objetos y los muebles de la habitación se borran lentamente. Antes de dormirse, alcanzó a distinguir la figura de su padre que, con la mirada cansada, se sentaba a su lado para besarle la frente.